

Los «Recuerdos Literarios» de Escosura: otras «memorias» del siglo XIX

MARÍA LUZ CANO MALAGÓN

Patricio de la Escosura, político y escritor del período romántico español considerado de segunda fila, ha dejado una obra literaria abundantísima, aunque, hemos de aceptarlo, desconocida para la mayoría de los lectores a no ser especializados. Se le cita, eso sí, en casi todos los manuales de la literatura como dramaturgo, poeta y novelista, y se le reconoce ante todo como el autor de un poema que pasa por ser una de las mejores muestras del romanticismo exagerado, el que lleva por título «El bulto vestido de negro capuz». Hay, sin embargo, una faceta de Escosura que la crítica ha pasado por alto y que nosotros hemos reivindicado en otro trabajo¹, la de periodista en la prensa del siglo XIX.

Paralelamente a la tarea de novelista, poeta y dramaturgo, Escosura desarrolló la de escritor de artículos en la prensa de la época, si bien la faceta de articulista la inicia un poco más tardíamente y no de forma continuada. Así, la primera colaboración suya no la hallamos hasta el año 1839, cuando ya era de sobra conocido por varias de sus producciones en otros campos literarios. Dos años antes, en 1837, según noticia de Ossorio y Bernard² había sido redactor de *El Museo Artístico y Literario*. Más adelante colaboraría en diversos periódicos, llegando incluso a la directiva en alguno de ellos.

En realidad, se pueden señalar tres épocas en su actividad periodística que coinciden con otros tres momentos de su vida: una primera en su juventud, la etapa de *El Entreacto*; una segunda en su madurez, la de *El Laberinto* y la dirección de *El Universal* y *El Progreso*; la última al final de su vida, en *Ilustración Española y Americana*, *El Imparcial*, *Revista de España* y *Revista Contemporánea*.

Compartiendo la idea de José Luis Varela sobre Larra de que hay que distinguir entre el «periodista de mesa» o gacetillero, del autor de literatura en el

1. Nos referimos al capítulo que con el título «Prosa periodística» hemos incluido en nuestra tesis doctoral *Vida y obra literaria de Patricio de la Escosura*, leída en la Universidad de Valladolid en 1986 y actualmente en prensa.

2. OSSORIO Y BERNARD, M., *Ensayo de un catálogo de Periodistas españoles del siglo XIX*. Madrid, 1903-1904, pág. 17.

periódico³, tenemos que situar a Escosura en este segundo grupo ya que su labor en la prensa no se limitó a dar notas escuetas sobre acontecimientos, sino a escribir en casi todas las ocasiones importantes artículos, la mayoría de ellos con un fondo literario, aunque también tenga alguno de tipo histórico-político.

Escosura, al igual que la mayoría de los escritores del romanticismo utilizó los periódicos, por un lado, para darse a conocer y quizás escalar hacia un puesto de gobierno; por otro, por una necesidad de subsistencia ya que, a pesar de los importantes cargos políticos que obtuvo, llegando hasta el de ministro en dos ocasiones, a juzgar por lo que dice en varios momentos, no andaba sobrado de dinero. Ello explica que hasta el final de sus días colaborara con su prosa articulista en la prensa, especialmente en los últimos años en que desplegó una gran laboriosidad con sus artículos en *Ilustración Española y Americana*, y su crítica bibliográfica en *El Imparcial*. Es el momento también de señalar que en contadas ocasiones se sirvió del camino que la prensa le ofrecía para fines propagandísticos de sus ideas políticas.

De entre todos los escritos periodísticos de Escosura queremos detenernos en una serie de artículos literario-biográficos respecto a los muchos y muy insignes españoles contemporáneos con quienes la suerte y el amor a las letras le pusieron en contacto, y que, señala él mismo, se le había indicado escribir para la *Ilustración Española y Americana*. Son un total de diez artículos que escribió en 1876, cuando ya era un septuagenario, con el título de «Recuerdos Literarios. Reminiscencias biográficas del presente siglo». Son ni más ni menos un libro de memorias, pero de memorias literarias que a Escosura le pareció necesario escribir, tanto más cuanto que en España en su época escaseaban los libros de esta clase, frente a la abundancia en el vecino país de este subgénero.

En ellos se proponía un doble objetivo: rendir tributo a una parcela hasta ese siglo apenas cultivada en nuestra literatura, los libros de memorias⁴, y evocar a unos cuantos personajes que tiempos atrás protagonizaron con él diferentes sucesos orientados ante todo del lado de las letras.

No van a ser sus «Recuerdos», sin embargo, biografías de contemporáneos, sino «reminiscencias literarias» de su vida de estudiante, soldado, político y literato,

3. VARELA IGLESIAS, J. L., *Las Palabras. Artículos y ensayos*. Selección e introducción. Madrid, Espasa-Calpe, 1983, pág. 10.

4. En el primero de estos artículos que titula «A manera de prólogo», Escosura, queriendo justificar el porqué de unas «memorias», tanto más cuanto que él mismo había menospreciado este género en otras ocasiones, dice que no son suficientes las obras para conocer a los escritores, porque a veces el escritor adopta una actitud en los libros contraria a la realidad, y cita como ejemplo el caso de Rousseau, quien por su *Emilio* nadie podría adivinar al padre desnaturalizado que enviaba sus hijos a la Inclusa. No obstante, puntualiza, tampoco deben aceptarse a ojos cerrados los juicios de las tales memorias, porque pueden adolecer de parcialidad. Pero, para obviar ese inconveniente, está la crítica del historiador.

durante la cual tuvo la fortuna de encontrarse frecuentemente en contacto con algunos de los hombres, que pertenecientes a su misma generación, la ilustraron con sus obras.

«No pretendo —dice Escosura— compendiar la historia de los literatos de mi tiempo, ni juzgar como crítico la literatura en que florecieron: voy simple y sencillamente, a evocar mis recuerdos respecto a escritores y escritos, y a consignarlos en el papel sin pretensiones de ningún género, a medida que ocurriéndoseme vayan».⁵

Porque en el transcurso de más de medio siglo a que sus recuerdos se extienden, no han podido menos de debilitarse los hechos en su memoria, dado las variadas condiciones de su existencia, el haber ocupado cargos tan diversos y en lugares a menudo diferentes, y, por otra parte, el no haber llevado —él mismo lo asegura— un diario de su vida. Por eso, repetimos, no son biografías propiamente hablando lo que nos ofrece, sino evocaciones. Evocaciones de su infancia y adolescencia, de personas con Escosura relacionadas y de acontecimientos, hasta llenar ese total de diez artículos precedidos del correspondiente subtítulo:

- Art. I: A manera de prólogo.
- Art. II. Algo de historia de antaño y ogaño.—Primer discurso político de Olózaga.
- Art. III. La Universidad Central, en 1820.
- Art. IV. Cómo y de qué manera conocí a Espronceda.
- Art. V. El Colegio de San Mateo.—Espronceda su alumno.
- Art. VI. Ventura de la Vega.
- Art. VII. De Cómo Ventura de la Vega quiso y no pudo ser cómico. Algo de Bretón de los Herreros y un poco de D. Juan de Grimaldi.
- Art. VIII. Los Numantinos.
- Art. IX. Prosiguen Los Numantinos.
- Art. X. Fin de Los Numantinos.

Dos ejes temáticos se distinguen claramente en ellos: el que contiene noticias sobre contemporáneos del autor (Espronceda, Vega, Bretón, Olózaga, Grimaldi) o establecimientos culturales (El Colegio de San Mateo o la Universidad), y el de noticias sobre el propio Escosura.

En el primer apartado se centra sobre todo en las personas de sus dos grandes amigos, Espronceda y Ventura de la Vega.

En los dos artículos que dedica a Espronceda da notas interesantísimas para

5. ESCOSURA, P. DE LA, «Recuerdos Literarios», en *Ilustración Española y Americana*. Madrid, 1876, I, pág. 18.

conocer la infancia y adolescencia del poeta romántico por antonomasia que han sido utilizadas cumplidamente y con éxito por Robert Marrast en la biografía del poeta.⁶

Con gran lujo de detalles pinta Escosura el ambiente familiar que rodeó a Espronceda y, en una curiosa anécdota, relata el momento en que se conocieron los dos, cuando estando citados con otro compañero para hacer las presentaciones de rigor, en el patio común de la casa, llegó a ellos el muchacho desde el piso tercero,

«pero no por la escalera, como racionalmente pudiera y aún debiera suponerse, sino, con asombro mío —dice Patricio—, cabalgando en el acto sobre la barandilla del balcón a que estaba asomado, y de allí, abrazándose a un canalón de hoja de lata, que desde el tejado y para su desagüe, bajaba al patio, dejándose a éste caer con la vertiginosa rapidez misma de cualquier cuerpo grave en el espacio a su pesadez abandonado (...).⁷

O el ambiente que reinaba en el colegio de San Mateo donde el poeta ingresó a su fundación y no salió de él hasta ser extinguido en 1823. Aquí también hay certeras pinceladas sobre el carácter de Espronceda, despejado, travieso y de ideas abiertas que hacía a menudo venir las iras a Hermosilla, uno de sus maestros, o que hizo decir a otro, el insigne don Alberto Lista, «Espronceda tiene un talento inmenso, pero como una Plaza de Toros, lleno de plebe».

No menos atrayentes son los dos artículos que dedica a la figura del autor de *Un hombre de mundo*, a quien había conocido lo mismo que a otros íntimos como Felipe Pardo o Pezuela, merced a sus relaciones con Espronceda.

El retrato que hace de Ventura de la Vega es el de un hombre de débil complejión física y semblante enfermizo, pero de una mirada tan intensa y sonrisa tan alegremente cómica que, una vez vista su fisonomía, no era posible dejar de tenerla grabada para siempre en la memoria.

También habla Escosura de la aguda inteligencia que Ventura poseía y del don de gentes que le hacía agradable a todos y le abrió las puertas de no pocas casas de la clase media y hasta los palacios de muchos grandes de España, pero que a pesar de todo no fue impedimento para que en varias ocasiones fuera perseguido por la justicia.⁸

6. MARRAST, R., *José de Espronceda et son temps. Litterature, société, politique au temps du romantisme*. París, Ed. Klincksieck, 1974. Ver sobre todo los cinco primeros capítulos de esta monografía.

7. ESCOSURA, P. DE LA, «Recuerdos...». *Op. cit.*, III, pág. 87.

8. Cuenta Escosura en el capítulo VI de sus «Recuerdos», pág. 171, que Ventura de la Vega primeramente fue perseguido por su participación en la sociedad de Los Numantinos; más adelante por llevar melenas, crimen reputado como infalible síntoma de masonismo; finalmente, por el imperdonable delito de haberse enamorado y verse correspondido de una niña, hija de un empleado de la Imprenta Real.

Relacionado con la figura de Ventura de la Vega y con su deseo de ser comediante, nos ofrece Escosura recuerdos importantes respecto a la profesión de los cómicos en su tiempo. Gracias a esos recuerdos podemos saber lo degradante que era ese trabajo, hasta el punto de que legalmente eran entonces considerados como los juglares de la Edad Media, y aún se les miraba con desdén por muchas gentes y con repugnancia por no pocas.

No es de extrañar entonces que cuando Ventura, el caro amigo de Escosura, deseara hacerse cómico a incluso llegó a firmar el contrato, fuera presionado con todo el rigor por sus amigos, hasta hacérselo restringir y abandonar la profesión definitivamente.⁹

También para Grimaldi tiene Escosura un juicio positivo, y así nos dice que gracias a su ilustre dirección se transformó de súbito nuestra decaída escena al hacer brillar a los más notables actores de los últimos cuarenta años (Latorre, Luna, Romea, Lamadrid y otros más), y sobre todo por haber hecho de Mecenás del gran cómico Bretón.

Y otro tanto sucede con Olózaga del que dice que no fue literato, ni periodista, pero sí amante de la literatura y sobre todo «el rey de los oradores en el parlamento español», admirado por su elocuencia incluso por sus enemigos.

Ahora bien, a pesar de que sean sabrosísimas e interesantes las noticias sobre las figuras que hemos señalado en los «Recuerdos Literarios», se nos antojan mucho más importantes los artículos en que hay datos sobre Escosura, es decir, lo que hemos considerado segundo eje temático de sus memorias.

Sin seguir una cronología exacta aunque sí aproximada —en contra de lo que advierte en la introducción de escribir lo que se le vaya ocurriendo—, el autor ha reconstruido su vida desde que dejando Valladolid, una vez trasladado con su familia, se instala en Madrid, justo el día 7 de marzo de 1820 en que el Rey aceptó la Constitución de 1812. Siguen luego un arsenal de datos de su adolescencia como alumno del Colegio de Doña María de Aragón, donde empezó a hacerse notorio por sus sentimientos liberales, sentimientos que se irían acrecentando al entrar en la Universidad Central para cursar leyes, y sobre todo al hacerse conspirador en Los Numantinos. Precisamente en los tres últimos artículos de los diez que forman sus «Recuerdos» reconstruye fielmente la etapa en que junto con Espronceda, Núñez de Arenas, Bernardo Barrera, Miguel Ortiz Amor y otros nombres que no recuerda ya, fundaron a mediados de 1823 la sociedad política secreta de Los Numantinos.

Cuando comienza el relato del primero de los artículos, declara que no está seguro de que el tema pueda con lógica interesar como parte de sus «Recuerdos

9. Todos estos detalles pueden encontrarse en el artículo VII de los «Recuerdos Literarios», *Op. cit.*, págs. 226-227.

Literarios», dado el carácter político de los hechos que contienen. Pero se justifica de la siguiente manera:

«Si aquí, pues, incluyo su narración, porque me parece a un tiempo curiosa y de la época de mis mocedades característica, es sólo por la razón de haber sido parte en ellos conmigo los dos insignes poetas Espronceda y Vega, algún otro joven de aquel tiempo..., y varios de nuestros amigos y camaradas de entonces».¹⁰

Por otra parte, aunque no interesen más que indirectamente a la historia de la literatura, nada tiene de intempestivo el tema en esta serie de recuerdos literarios y biográficos.

Escosura, juzgando ese episodio de su vida con la óptica de la madurez, encuadra los hechos en un ambiente propicio para sectas de este tipo. En efecto, en los tres años del absolutismo más duro, señala la existencia de cuatro sociedades masónicas, una de rito escocés, otra de rito reformado, la de los Comuneros y la de los Anilleros. En esta atmósfera política surgió a mediados de 1823 la de Los Numantinos, que tenía por fin derribar el gobierno monárquico absoluto y devolver al pueblo el uso de su soberanía.

Con poco más de una docena de miembros, todos imberbes y de edad aproximada, rodeados de un aparato escénico del estilo del de una logia masónica¹¹, celebraban sus periódicas reuniones, primeramente en una cueva del Buen Retiro, en las inmediaciones del Observatorio Astronómico; posterior y definitivamente en los sótanos de una botica de la calle de Hortaleza.

Aunque —relata Escosura— alguna que otra vez por el hecho de ser niños reinaran las algaradas y desórdenes propios de la edad, las más de las sesiones fueron sinceramente consagradas al culto ferviente de la libertad. Una de ellas parece ser fue la más solemne, la que precedió al ajusticiamiento de Riego en la Plaza de la Cebada, hecho que ellos habían contemplado y que juraron vengar.

Con ésta y otras muchas sesiones fue pasando el tiempo hasta que fueron delatados y pagaron con el destierro lo que de no haber mediado la intervención de Cea Bermúdez, ministro de Estado y emparentado con Ventura de la Vega, les hubiera quizás costado la vida.

De esta forma, sin alargarse a cubrir más etapas de su vida, con el episodio insólito de Los Numantinos, pone fin Escosura a sus «Recuerdos», en abril de

10. ESCOSURA, P. DE LA, «Recuerdos...». *Op. cit.*, VIII, pág. 410.

11. En el último de los artículos sobre los Numantinos cuenta Escosura que se reunían en las sesiones solemnes envueltos en capas oscuras con el rostro cubierto por una careta veneciana y con algún arma blanca en la mano.

No menos misterioso debía de ser el aspecto del local, escenario de sus reuniones. Así nos dice que presidía una tarima con la mesa y sillas del presidente y secretario, todo cubierto con negras bayetas, lo mismo que los taburetes de los demás iniciados y la cortina que cubría la entrada. Y para rematar el cuadro, unos faroles de papel rojo alumbrados por lámparas de vino, transparentaban huesos, calaveras y otros emblemas, cobrando todo un siniestro aspecto.

1876. Una pena que quede aquí interrumpido un relato ameno en su contenido y perfecto en su confección.

En cuanto a la trascendencia de los «Recuerdos Literarios», hemos de señalar, aparte de la suma importancia que poseen por el arsenal de datos allí contenidos para configurar el perfil de unas cuantas personalidades de la época, amén de otras noticias marginales, el hecho de que contribuyen a engrosar aunque sean un poco diferentes —estas memorias se centran sobre todo en lo literario, las demás en campo más amplio—, el número de los libros de memorias que en el siglo XIX se escribieron en España: *Memorias de un setentón*, *Memorias del reinado de Isabel II*, *Mis memorias íntimas*¹², por ejemplo. Sin embargo, queremos señalar también que lo verdaderamente trascendente de los «Recuerdos Literarios» está, creemos, en que quizá sirvieron de acicate, cuando no de orientación, para hacer aparecer el libro tan rico en noticias que es *Memorias de un setentón vecino de Madrid*, de Mesonero Romanos.

Núñez de Arenas, en un breve artículo de *Bulletin Hispanique* titulado «Génesis de unas memorias. Una carta inédita de Mesonero Romanos», intenta explicar cómo este escritor produjo sus memorias.

Aunque Núñez de Arenas no aclare demasiado la cuestión ya que, en efecto, no sabe si fueron los «Recuerdos Literarios» de Escosura los que decidieron a Mesonero a ponerse manos a la obra, o si hubo una carta de Patricio animándole, hace, sin embargo, una contribución interesante: publica una carta inédita de Mesonero dirigida a Escosura, a raíz de la aparición de «Recuerdos Literarios» en *Ilustración Española y Americana* que puede darnos la respuesta.

En esta carta Mesonero felicita a Escosura por un doble motivo, porque le han agradado sus artículos, a los que llama «preciosos bocetos de reminiscencias infantiles», y porque han contribuido a estimular su imaginación para los recuerdos que él pensaba publicar.

Mesonero explica que hace algún tiempo se propuso llevar al papel una idea semejante a la suya en la obra *Memorias de un setentón vecino de Madrid*, cuyo plan era

«trazar en rasgos generales el cuadro más o menos detallado de la marcha y vicisitudes de la Sociedad, delineando de paso los perfiles de las personas influyentes en ella, y relacionándolas con los sucesos especiales y mis particulares recuerdos de esas personas».¹³

12. Estos libros y sus autores son:

MESONERO ROMANOS, R., *Memorias de un setentón*. Madrid, Oficinas de la Ilustración Española y Americana, 1880.

MIRAFLORES, MARQUÉS DE, *Memorias del reinado de Isabel II*. Ed. y estudio preliminar de M. Fernández Suárez. Madrid, Ed. Atlas, 3 vol. (B.A.E. 172-173), 1964.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, F., *Mis memorias íntimas*. Madrid, 2 vol. (B.A.E. 142-143), 1966.

13. NÚÑEZ DE ARENAS, M., «Génesis de unas memorias. Una carta inédita de Mesonero Romanos», en *Bulletin Hispanique*, XLIX, 1947, Amsterdam, 1970, pág. 397.

En el último párrafo de la carta, sin embargo, dice Mesonero:

«Por muy imperiosos que fueran mis propósitos de acometer aquella empresa, y por mucho que me los haya recordado y estimulado a llevarla a cabo la grata lectura de los artículos de V. tendré que renunciar a ella porque la edad y los achaques inutilizan mis deseos...». ¹⁴

Mesonero exageraba, sin duda, en estas últimas afirmaciones, pues es lo cierto que cuatro años después, en 1880, aparecerían sus memorias.

Todo nos lleva a concluir que Mesonero, en contra de lo que diga, tenía seguramente pensado y configurado el esquema de su libro mucho antes que Escosura publicara sus «Recuerdos Literarios», pero era necesario que alguien o algo le estimulara a la publicación, lo que probablemente y sin imaginarlo siquiera logró don Patricio con los «Recuerdos Literarios» de la *Ilustración Española y Americana*.

Ahí quedan en cualquier caso estas dos joyas de nuestra literatura que creemos se complementan, y que nos permiten a los lectores de hoy o del futuro, recrear el ambiente de una parte del siglo XIX, del período romántico, gracias a la hábil y amena pluma de estos dos escritores del pasado siglo.



14. NÚÑEZ DE ARENAS, M., *Idem.*, pág. 398.